

daba al concepto el carácter de «vida del estilo, espíritu del decir... perfección... sutileza». En cuanto a la paradoja, su artificio consiste en enlazar dos ideas aparentemente opuestas, pero que llegan a conciliarse o por la fuerza del ingenio o porque su contraste extremado establece entre ellas algún punto de contacto¹³. Reparemos en todo caso que muy a menudo concepto y paradoja aparecen como enunciados hermanos en el sutil arte de la agudeza y del ingenio. Señalemos, por último, en función del enfoque literario-existencial de la cuestión que nos ocupa, que la paradoja parece concretar, de modo más visible que el concepto, la vocación neobarroca, «conceptista», del paisaje intelectual argentino que abordamos.

Martínez Estrada

Ya nos hemos referido en otra parte¹⁴ a la escasez de elementos de procedencia española en la obra de Martínez Estrada, circunstancia que, en apariencia se complementa con el evidente «antiespañolismo» del escritor afincado en su corrosivo examen de la Conquista y en una oposición declarada a lo que el autor de la *Radiografía* considera implícitamente como rasgos de conducta histórica y de mentalidad. Por consiguiente, un rastreo de filiación española en su obra parecería en principio forzado, cuando no desalentador. Sin embargo, cabe reiterar una verdad muy simple pero indisoluble: Martínez Estrada es un escritor de primer orden. Los elementos estético-literarios presentes en toda su obra, incluso, por cierto, en los centenares de páginas de sus ensayos¹⁵, suponen una fatalidad de diferente orden a las pregonadas por el propio autor: la fatalidad de escribir en una lengua determinada, dentro de una conciencia lingüística que el escritor asume, por original que sea. Desde enfoques estrictamente lingüísticos, las vivencias del español en la obra de Martínez Estrada tienen una importancia nada desdeñable y, por momentos, una llamativa originalidad¹⁶.

¹³ Aunque las definiciones de paradoja son varias, su sentido básico es el de «una antítesis superada que hermana ideas contrarias en un solo pensamiento» (Ver Pelayo H. Fernández, *Estilística*, Madrid, J. Porrúa Turanzas, 1974, p. 80).

¹⁴ Ver, entre otros, nuestro trabajo «Martínez Estrada, un agonista de Occidente», en Actas del Primer Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada, *Bahía Blanca, Fundación Ezequiel Martínez Estrada*, 1995, pp. 30-37.

¹⁵ Cf. p. ej. «Elementos estético-literarios en la Radiografía de la pampa», en Actas del IV Congreso Nacional de Literatura Argentina, *Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo*, 1989, T. 1, pp. 203-213.

¹⁶ Véanse las notas a nuestra edición de *Radiografía de la pampa*, Madrid, *Colección Archivos*, 1991, pp. 1-258; cf. en esta misma edición el trabajo de Elena Rojas, «La imagen lingüística de Radiografía de la pampa», pp. 539-572.

En el caso concreto que nos ocupa, el estilo de Martínez Estrada incita a nuevos y siempre prometedores asedios. El problema de la paradoja, en particular, ha atraído la atenta mirada de Liliana Weinberg, que le ha dedicado sendos estudios¹⁷, con interesantes conclusiones en cuanto a las claves de contextualización predominantemente sociológica que se desprenden de la utilización de aquel recurso.

En nuestras propias notas a la edición de *Radiografía de la pampa*¹⁸ quedan consignadas una cantidad de observaciones estilísticas que conciernen en buena proporción a lo que podríamos llamar el conceptismo martinezestradiano. La revisión de dichas notas y la relectura de partes importantes de la obra confirman la tendencia a la expresión de agudeza e ingenio de manera reiterada, desde identificar la barbarie con «el desencanto de un soñar ordinario», hasta pergeñar conceptos en el límite de lo sofisticado y definir, por ejemplo, a la Argentina, como «todo lo que no es Europa».

La «enunciación rápida y picante» que mencionamos antes como definición del concepto se encuentra presente por doquier. «La pampa lo achica todo», la «casa de los muertos» como «tumba de los vivos», la Ciudad de los Césares identificada deliberadamente como «necrópolis», la idea de que Buenos Aires tiene la misma «estructura de la Pampa», «los arrabales del centro», el «carnaval como la fiesta de nuestra tristeza», la visión de «nuestro pueblo (que) no sabe producir porque no sabe consumir», la religión como falta de fe, la afirmación rotunda de que «no tenemos historia, la escribimos», y otras mil aseveraciones de similar tenor reflejan no solamente las implicaciones del «concepto» como figura de pensamiento—y, por lo tanto susceptibles de análisis en el plano especulativo— sino también algo más elemental pero de especial importancia: la vocación de Martínez Estrada por la expresión conceptista, una modalidad de su estilo literario que convive «armoniosamente» con la complejidad no siempre lógica de sus ideas.

En este clima «conceptista», la paradoja halla su *habitat* natural, más aún, colabora sustancialmente en la configuración del contexto total de la obra. En cuanto a la enunciación de varias de estas paradojas (un recuento total exigiría un minucioso trabajo estadístico, que aquí no nos interesa), remitimos al lector a los mencionados trabajos de Weinberg¹⁹. En cuanto a sus posibles fuentes, en cambio, nos parece de particular interés detenernos en

¹⁷ Ver Liliana Irene Weinberg de Magis «Radiografía de la pampa en clave paradójica», en *ed. cit. en n. anterior*, pp. 471-490; de la misma, «Ezequiel Martínez Estrada y el universo de la paradoja», en *Actas del Primer...* (cit. n. 14), pp. 74-97.

¹⁸ Véase, *ed. cit. en n. 16*.

¹⁹ Ambos *cit. en n. 17*.

unas notas manuscritas del autor, que consisten de fichas textuales tomadas por Martínez Estrada de muy diversos autores²⁰. Aunque no muy numerosas, la amplitud de las fuentes consultadas resulta ilustrativa –una vez más– de la voracidad y a la vez de la inteligencia alerta del gran autodidacto.

De los clásicos, Martínez Estrada registra a Cicerón, Tertuliano, Quintiliano. Luego, sin orden, pero con perspicacia, reproduce opiniones de Spengler, Bentham, Jaspers, Bréhier, Mannheim, Leibniz, Poincaré, Chesterton, Sartre, Camus, M. Scheler, C. K. Ogden, Pascal y otros.

Al escrutar en la lista de los autores en cuya obra Martínez Estrada indaga, sobresale –junto a la inevitable consulta de Nietzsche²¹– una extensa cita de Kierkegaard, complementada con la explicitación de uno de sus comentaristas. La expresión del pensador danés «La paradoja es la pasión del pensamiento, el pensador que evita la paradoja es como el amante que huye de la pasión, un hombre mediocre», recibe una muy especial confirmación en la escritura de Martínez Estrada que parece hallarse en este punto justamente en el medio de «la paradoja absoluta kierkegaardiana».

En la veta de la tradición española del tema, Martínez Estrada recurre significativamente a textos de Quevedo y Gracián. En el caso del primero, las citas proceden de textos dispares: «La visita de los chistes» y «Las Zahurdas de Plutón», por un lado, *Marco Bruto*, por otro, y finalmente, *Política de Dios y gobierno de Cristo*.

En cuanto a los tratados de Gracián, Martínez Estrada selecciona algunas citas tomadas de *El discreto* y del *Oráculo manual*. Del primero, una sola brevísima referencia, concita la atención del autor: «Las verdades que acá nos importan, vienen siempre a medio decir».

El autor de *La cabeza de Goliath* no repara solamente en las connotaciones «positivas» –en otras palabras, las que le pueden servir especialmente para expresar la complejidad de su pensamiento y de su manera de ser– de la paradoja en tanto útil artificio, sino incluye también las desviaciones o el exceso de lo paradójico, por lo cual no es de extrañar que reproduzca párrafos como el de «No dar en paradojo por huir de vulgar» y otros de similar propósito.

En su intención de compilar referencias acerca de la paradoja, tampoco resulta llamativo que Martínez Estrada acudiera a un texto de Unamuno, bien que podría haber hallado en el autor de *Niebla* una verdadera cantera

²⁰ Se trata de notas manuscritas, dispersas, en su mayor parte citas tomadas de diversos autores, cuyos originales consultamos en la sede de la Fundación E. Martínez Estrada, en Bahía Blanca.

²¹ A esta altura de los estudios sobre Martínez Estrada, parece innecesario redundar en la importancia de Nietzsche en su obra.

al respecto. Con todo, dentro del fárrago unamuniano, la cita parece especialmente bien seleccionada. El texto proviene de *Vida de Don Quijote y Sancho* (Primera Parte, Capítulo XXVI):

En acabando de leer esto, se sonreirán también, murmurando: ¡Paradojas! ¡Paradojas! ¡Siempre paradojas! Pero venid acá, espíritus alcornoqueños, hombres de dura cerviz, venid y decidme, ¿qué entendéis por paradoja y queréis decir con eso? Sospecho que os queda otra dentro, desgraciados rutineros del sentido común. Lo que no queréis es remejer el pozo de vuestro espíritu ni que os lo remejen; lo que rehusáis es zahondar en los hondones del alma. Buscáis la estéril tranquilidad de quien descansa en instintos depositarios de dogmas; os divertís con las necesidades de Sancho. Y llamáis paradoja a lo que os cosquillea el ánimo. Estáis perdidos, irremisiblemente perdidos; la haraganería espiritual es vuestra perdición.

Evitar la rutina del sentido común, romper con la haraganería espiritual —la de admitir lo establecido por mera comodidad—, «remejer» (revolver) en la interioridad del espíritu, en definitiva, perturbar al lector²², constituyen algunos de los objetivos comunes de Unamuno y de Martínez Estrada. Al igual que a Unamuno, a Martínez Estrada no sólo le interesa la paradoja como motivo de estudio y reflexión, sino también como manera de expresar su verdad. El objetivo de ambos es la incitación, la agitación, la revolución, no como fenómenos sociales sino como intentos de esclarecimiento intelectual y espiritual, doloroso y continuado.

Tanto las obras de Unamuno como las de Martínez Estrada dieron motivo a largas y aún fecundas controversias, causadas en la gran mayoría de los casos por una cantidad de ideas expuestas con soberana lucidez y ofensiva vehemencia. Los grandes temas de Martínez Estrada han invitado reiteradamente a reflexiones de tipo social, histórico, político. Los grandes temas de Unamuno han abierto notables brechas en el pensamiento español contemporáneo y han quedado, indistintamente, a merced de filósofos, historiadores de la cultura y también críticos literarios. Sin embargo, la diferencia en cuanto a la consideración específica de cada uno de ellos reside principalmente en el hecho de que Unamuno —a pesar de constituir una verdadera cantera ideológica— ha sido también estudiado y valorado de manera creciente como «escritor». En el caso de Martínez Estrada, estimamos

²² Cf. Miguel de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, Espasa Calpe, 1975, pp. 85-86. V. sobre este punto las sagaces observaciones de Antonio Castro Castro en «La paradoja unamuniana», 'el modo más vivo y más eficaz de transmitir la verdad a los torpes', Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno, Vol. XVIII (1968), pp. 71-84.